

EVANGELIZACIÓN

El que envía, el enviado y el destinatario

Una introducción bíblico-teológica al evangelio, la misión, la predicación y la práctica evangelística

Traducción base: Hoffnung für alle | Complementariamente: términos del texto base y algunas traducciones paralelas para una mayor precisión



Objetivo de este breve estudio: mostramos la relación bíblica entre misión, proclamación y respuesta de fe, para que los cristianos creyentes comprendan el evangelio con rigor teológico y puedan transmitirlo en la práctica.

Estructura directriz

El que envía	El enviado	El destinatario
Dios inicia la salvación y envía.	Cristo encarna y proclama la salvación; la iglesia es incorporada a su misión.	Las personas oyen el evangelio, creen, invocan a Cristo y son conducidas al discipulado.

Introducción

En el Nuevo Testamento, la evangelización no es una tarea eclesial suplementaria, sino la realización histórica de la misión divina. El Padre envía al Hijo, el Hijo envía a sus discípulos y el Espíritu Santo capacita a la iglesia para que las personas oigan el evangelio, creen e invoquen a Cristo. Todo el proceso puede resumirse en tres polos: el que envía, el enviado y el destinatario (cf. Jn 20,21; Hch 1,8; Ro 10,14-17).

1. El evangelio: concepto, poder, efecto y función

En el Nuevo Testamento, la palabra «evangelio» corresponde sobre todo al término euangelion: buena noticia, noticia salvífica y real. En el Antiguo Testamento, detrás de ella se encuentra especialmente la raíz bsr, es decir, el anuncio de una noticia gozosa. No se trata, ante todo, de un estado de ánimo religioso, sino de la noticia pública de que Dios ha actuado y hace visible su señorío de manera salvífica (cf. Is 52,7; Mc 1,1.14-15).

Por ello, el evangelio es más que información. Según Romanos 1,16, es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Pone al descubierto el pecado, llama al arrepentimiento, anuncia el perdón, establece la reconciliación con Dios y crea un nuevo pueblo de judíos y gentiles. Es, al mismo tiempo, absolución, mensaje de liberación y proclamación real: Jesucristo es el Señor crucificado y resucitado (cf. Ro 3,21-26; 2 Co 5,18-21; 1 Co 15,1-5).

La iglesia no existe en el mundo para sí misma, sino como portadora y testigo de este mensaje. No encarna el evangelio en lugar de la predicación, sino junto con ella. Mediante la palabra, la oración, la santidad, la diaconía y una presencia misionera, se hace visible que el reino de Dios ya ha irrumpido, aunque su consumación todavía esté pendiente. Así, la iglesia no es meramente receptora ni solo administradora, sino testigo comisionada (cf. Mt 5,13-16; Hch 2,42-47; 1 P 2,9-12).

Frase clave

No proclamamos, en primer lugar, una cultura religiosa, sino la acción salvadora de Dios en Jesucristo.

2. La intención de Dios de revelar el evangelio liberador al final de los tiempos

Ya el Antiguo Testamento vincula la futura salvación de Dios con una proclamación pública. Isaías 40,9 llama a Sion a presentarse como mensajera de buenas noticias. Isaías 52,7 describe al mensajero que anuncia paz, salvación y el reinado de Dios. Isaías 61,1-2 une el don del Espíritu, la misión y la proclamación de liberación. Joel 3,1-5 (numeración hebrea; en muchas ediciones españolas Joel 2,28-32) promete para los últimos días el derramamiento del Espíritu, la palabra profética y la salvación de todos los que invoquen el nombre del Señor. Habacuc 2,14 amplía el horizonte: la tierra ha de llenarse del conocimiento de la gloria del Señor.

En el Nuevo Testamento, esta línea alcanza su culminación. Jesús lee en Lucas 4,18-21 Isaías 61 como autorrevelación programática. En Pentecostés, Pedro interpreta explícitamente el derramamiento del Espíritu como cumplimiento de los «últimos días» anunciados por Joel. Mateo 24,14 deja claro que el evangelio del reino debe ser predicado a todas las naciones. Apocalipsis 14,6-7 muestra incluso a un ángel con un «evangelio eterno» para toda nación, tribu, lengua y pueblo. De ello se sigue que el obrar escatológico de Dios no es silencioso. Se hace audible, es proclamado y dado a conocer mundialmente (cf. Hch 2,16-21; Mt 24,14; Ap 14,6-7).

Por tanto, el tiempo final no es bíblicamente solo tiempo de crisis, sino también tiempo de revelación. Dios no oculta su salvación, sino que la hace irrumpir en el espacio público por medio de testigos enviados.

3. El mensajero en Isaías 61,1s y en el conjunto del testimonio bíblico



Isaías 61,1-2 es fundamental para una teología de la evangelización. El Ungido está lleno del Espíritu precisamente para anunciar buenas noticias a los pobres, vendar a los quebrantados de corazón, proclamar libertad a los cautivos y anunciar el año de gracia del Señor. Misión y mensaje pertenecen inseparablemente el uno al otro. El mensajero no tiene un mensaje autónomo; su autoridad radica en el encargo del que envía.

En el Antiguo Testamento, el mensajero cumple a menudo una función regia o histórico-salvífica. Trae noticia de victoria, paz, retorno o salvación. Por eso Isaías 52,7 vincula los hermosos pies del mensajero con el anuncio: «¡Tu Dios reina!». Nahúm 2,1 retoma la misma imagería. Así, el mensajero es portador de una noticia objetiva, decisiva para el destino del pueblo.

En el Nuevo Testamento, esta idea no se atenúa, sino que se profundiza cristológicamente. Jesús no es solo proclamador del evangelio; es simultáneamente su contenido y su centro personal. En el evangelio de Juan dice repetidas veces que el Padre lo ha enviado. Hebreos 3,1 incluso lo denomina el «apóstol» de nuestra confesión. Lo que en el Antiguo Testamento estaba prefigurado en el motivo del mensajero culmina en Cristo: el Enviado definitivo no trae únicamente un mensaje de parte de Dios, sino que en él Dios mismo sale al encuentro de los seres humanos (cf. Jn 5,36-38; 6,38; 17,18; Heb 3,1).

Desde aquí se comprende la misión de la iglesia. Como el Padre envió al Hijo, así el Hijo envía a los suyos (Jn 20,21). Por tanto, la iglesia no vive de iniciativa religiosa propia, sino de una misión derivada.

4. Por qué el evangelio debe ser proclamado y por qué la misión es esencial

El Nuevo Testamento no conoce un evangelio sin proclamación. Pablo pregunta con agudeza en Romanos 10,14-15: ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien predique? De ahí surge una lógica sobria: la salvación de Dios ha sido objetivamente consumada en Cristo; subjetivamente se hace eficaz allí donde este mensaje es oído y abrazado por la fe.

Por eso, la misión divina no es algo secundario. Quien es enviado está bajo encargo, autoridad y responsabilidad. Jesús llama, autoriza y envía a sus discípulos en Mateo 28,18-20; en Hechos 1,8 les promete para ello el poder del Espíritu Santo. Pablo describe el ministerio apostólico en 2 Corintios 5,18-20 como un servicio de embajadores de la reconciliación. El mensajero no sustituye a Dios, pero Dios apela, por así decirlo, por medio de él.

El evangelio debe ser proclamado porque las personas no son salvadas por mejoramiento moral, pertenencia cultural o intuición religiosa, sino solamente por Jesucristo. Hechos 4,12 formula de manera inequívoca esta pretensión de exclusividad en sentido soteriológico. Al mismo tiempo, según 1 Corintios 1,21, Dios ha querido salvar a los creyentes por la «locura de la predicación». La proclamación no es, por consiguiente, meramente útil, sino el medio salvífico querido por Dios.

5. Predicación, escucha y activación de la fe



Según el Nuevo Testamento, la fe surge regularmente en conexión con la escucha de la palabra de Cristo. Romanos 10,17 lo resume con precisión: la fe viene por el oír. No se trata de cualquier clase de escucha, sino de oír una proclamación de Cristo inteligible y orientada al oyente. Por ello, la predicación no es un acompañamiento piadoso, sino la forma lingüística en la que el llamamiento de Dios alcanza al ser humano.

En Hechos observamos continuamente este patrón: Pedro predica y los oyentes son traspasados en el corazón; Felipe anuncia a Cristo en Samaria; Pablo explica y da testimonio en sinagogas, en plazas públicas y en casas (cf. Hch 2,37-41; 8,5-8; 17,2-4.17; 20,20-21). El objetivo de la auténtica predicación no es la mera información, sino la confrontación espiritual, la revelación y la invitación. Lleva al oyente al punto en que puede arrepentirse, confiar y confesar a Jesús.

Para la práctica, esto significa que debemos hablar con claridad, de manera cristocéntrica, comprensible y orientada a una decisión. El lenguaje interno incomprensible, la predicación moralizante de presión o las fórmulas doctrinales puramente abstractas a menudo dificultan la escucha. La predicación bíblica nombra la culpa, muestra a Cristo, llama a la fe y abre un camino concreto de respuesta.

6. Cómo explicar el evangelio de modo que nuevos cristianos puedan retransmitirlo

Una formulación breve, sencilla y sólida puede expresarse en cuatro frases:

Primero: Dios nos ha creado, nos ama y quiere comunión con nosotros.

Segundo: nuestro pecado nos separa de Dios; no podemos salvarnos a nosotros mismos.

Tercero: Jesucristo murió por nuestra culpa y resucitó corporalmente; en él Dios concede perdón y vida nueva.

Cuarto: quien se arrepiente, confía en Jesús y lo invoca como Señor, recibe perdón, reconciliación y el Espíritu Santo.

Una versión algo más dialógica podría sonar así: «El evangelio significa que Dios no nos ha abandonado. Nuestra culpa es real, pero la gracia de Dios es mayor. Jesús llevó nuestro pecado en la cruz y ha resucitado. Por eso no tenemos que redimirnos a nosotros mismos. Quien confía en Jesús recibe perdón, vida nueva y un futuro nuevo con Dios».

Lo que debemos observar en la conversación: primero escuchamos, luego conectamos con la necesidad real de la persona, proclamamos con claridad a Cristo y finalmente invitamos a una respuesta consciente.

7. Tres breves ejemplos de la práctica

Ejemplo A: culpa y vergüenza

Una colega dice: «He hecho cosas que no puedo perdonarme».

Respuesta: «Precisamente aquí el evangelio es decisivo. La Biblia no dice que debamos purificarnos a nosotros mismos. Dice que Jesús cargó con nuestra culpa. El perdón no es autoapaciguamiento, sino el don real de Dios. ¿Quiere orar conmigo y llevar su culpa a Jesús?»

Ejemplo B: búsqueda de sentido y vacío interior

Un amigo dice: «Por fuera todo funciona, pero por dentro estoy vacío».

Respuesta: «El éxito no sacia el anhelo más profundo del corazón. Hemos sido creados para Dios. Jesús no es solo una ayuda para las crisis, sino el Señor de la vida. No solo perdona el pasado, sino que también concede una identidad nueva. ¿Desea confiarle conscientemente su vida?»

Ejemplo C: miedo, sufrimiento y pérdida de control

Una vecina dice: «Desde esta crisis tengo miedo constantemente».

Respuesta: «Jesús no promete una vida sin problemas, pero concede reconciliación con Dios y una esperanza que va más hondo que la crisis. En la cruz llevó pecado, culpa y muerte; en la resurrección quebró el poder de la muerte. ¿Puedo orar con usted para que reciba esta paz?»

Una sencilla oración de entrega

«Señor Jesucristo, vengo a ti. Reconozco que he pecado y que no puedo salvarme a mí mismo. Gracias porque moriste por mi culpa y resucitaste. Te pido perdón. Sé tú mi Señor y Salvador. Concédeme tu Espíritu Santo y guía mi vida. Me confío a ti. Amén.»

Directrices pastorales complementarias

Después de una oración así, seguimos acompañando a las personas: con lectura bíblica, oración, comunión, bautismo, discipulado comprometido y arraigo pastoral en la iglesia. La evangelización no apunta solo a un momento de decisión, sino a un camino de discipulado (cf. Mt 28,19-20; Hch 2,41-42).

Conclusión

La evangelización bíblica comienza en Dios. El Padre envía, el Hijo encarna y proclama la salvación, el Espíritu capacita a la iglesia y el ser humano es llamado a ser un destinatario creyente. Por ello, la evangelización no es ni técnica manipuladora ni publicidad piadosa. Es la transmisión obediente, producida por el Espíritu y públicamente realizada, del mensaje real salvador de Dios. Allí donde nos dejamos enviar, predicamos con claridad el evangelio y llamamos a las personas a la fe en Jesucristo, actuamos en medio de la historia escatológica de salvación de Dios.

Aclaración terminológica

Término	Descripción breve
euangelion	«Buena noticia»; el mensaje real salvador de Dios en Jesucristo.
euangelizomai	Anunciar o dar a conocer la buena noticia.
kerysso	Proclamar públicamente como un heraldo.
apostello	Enviar con encargo, autoridad y carácter representativo.
bsr / besorah	Familia de palabras veterotestamentaria para noticia gozosa, anuncio de salvación y mensaje de victoria.

Bibliografía selecta y fuentes primarias

Textos bíblicos citados principalmente según Hoffnung für alle / Bock, Darrell L.: Luke 1:1-9:50. Baker Exegetical Commentary on the New Testament. Grand Rapids: Baker Academic, 1994 / Bosch, David J.: Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission. Maryknoll: Orbis Books, 1991 / Schnabel, Eckhard J.: Early Christian Mission. Downers Grove: InterVarsity Press, 2004 / Wright, Christopher J. H.: The Mission of God: Unlocking the Bible's Grand Narrative. Downers Grove: InterVarsity Press, 2006.

Nota: Las citas bíblicas más extensas han sido mayormente parafraseadas en favor de la legibilidad y de la extensión; los pasajes indicados sirven para profundización y estudio personal.